

# EL TRABAJO



Todos para uno  
Uno para todos

Mayo 1929

Órgano de la Sociedad de Albañiles de Madrid

Teléfono 15156.—Secretaría 25.—Piamonte, 2 (Casa del Pueblo)

Internacional Obrera Socialista

## Primero de Mayo de 1929

### A los trabajadores de todos los países:

El proletariado internacional se apresta para celebrar el día solemne del Trabajo en un mundo de capitalismo reforzado.

Bajo ningún aspecto se nos presenta el capitalismo tan amenazador y brutal como en la nueva fiebre de armamentos que suscita otra vez los peligros de 1914 y que amenaza aniquilar a la Humanidad en una matanza más horrible que nunca. De igual modo, el proletariado no lucha sólo por el ideal de su clase, sino también por la causa de toda la Humanidad, exigiendo que las promesas de desarme, tan solemnemente hechas, entren al cabo en vías de realización.

El cuarto de los catorce puntos de Wilson de 8 de enero de 1918 pedía «garantías suficientes de que los armamentos nacionales quedarían reducidos al límite extremo compatible con la seguridad nacional y con la ejecución de las obligaciones internacionales impuestas por una acción común».

Y una vez más, en la introducción de la quinta parte del Tratado de Paz de Versalles, se prometió que, «para hacer posible la preparación de una limitación general de los armamentos de todas las naciones, Alemania se obliga a observar estrictamente las cláusulas militares, navales y aéreas más adelante estipuladas».

Pero cuando se apaciguó la obra revolucionaria de la Europa central y oriental, cuando ya no había peligro de que se propagara a la Europa occidental, pudo verse entonces que detrás de aquellas promesas, tan solemnemente hechas, no existía la menor voluntad de realizarlas; se creó una inmensa maquinaria, es verdad, que debía preparar la limitación de los armamentos, y que, realmente, hizo un trabajo útil; pero el desarme no se efectuó.

A partir del 14 de diciembre de 1920, en que la primera asamblea de la Sociedad de Naciones pidió al Consejo «que encomendara a una Comisión la labor de someter al Consejo, en un breve plazo, todos los estudios y proposiciones relativos a la reducción de los armamentos, cuestión prevista en el artículo 8.º del Pacto», se ha creado una organización, cada vez más considerable, con el propósito de preparar el desarme. Sus trabajos parecían haber sido coronados por el éxito cuando subió al Poder en Inglaterra el Partido Laborista. El protocolo de Ginebra, votado el 2 de octubre de 1924, prevenía la convocación de la primera Conferencia del desarme para el 15 de junio de 1925. Pero, al caer el Gobierno laborista en Inglaterra, el Gobierno conservador se negó a ratificar el protocolo de Ginebra. No se reunió la Conferencia del desarme. La reacción había triunfado.

Una nueva esperanza surgió cuando en el protocolo final de los convenios de Locarno, en octubre de 1925, se estipuló el compromiso «de prestar un concurso sincero a los trabajos iniciados por la Sociedad de Naciones relativos al desarme y procurar llegar a éste mediante un acuerdo general». La Comisión preparatoria de la Conferencia del desarme se reunió entonces por primera vez el 18 de mayo de 1926, y logró resolver en cinco sesiones las cuestiones técnicas preliminares del desarme. Pero las resistencias políticas se manifestaron más ostensiblemente.

El Congreso celebrado en Bruselas por la Internacional Obrera Socialista mostró con toda claridad a los trabajadores de todos los países la labor que tenían que realizar. Al efecto declaró: «Las dificultades que impiden el desarme no pueden ser vencidas sino por una presión política muy enérgica. El deber de los Partidos Socialistas es ejercer una presión mediante una acción constante y vigorosa en los Parlamentos y cerca de las masas.»

Animada del mismo espíritu, la Federación Sindical Internacional recordó a la clase obrera el deber en que estaba de «procurar, por todos los medios a su alcance, el desarme, base principal de la organización de una paz segura y definitiva».

Una proposición del Gobierno soviético se encuentra sometida a la Comisión de Desarme. El proletariado internacional pide que la Comisión no rechace dicha proposición sin elaborar ella misma, y aprobar, un proyecto mejor de Tratado definitivo.

El Comité Ejecutivo de la Internacional Obrera Socialista exhortó a los trabajadores de todos los países a que realizaran un asalto de peticiones, a fin de conseguir que la voluntad de paz de los pueblos encuentre al cabo su expresión cerca de los representantes de los Gobiernos en Ginebra.

Una nueva generación que no ha sufrido los horrores de la guerra entra ahora en las filas del proletariado internacional. Es preciso inspirarle un profundo horror hacia tanta sangre derramada; alistarla en el frente de lucha contra la guerra y contra los armamentos. Atendiendo a esto, el proletariado debe manifestarse este Primero de Mayo:

Contra los armamentos bélicos.

Contra el imperialismo y el militarismo.

En favor de la realización de las promesas de desarme.

En favor de la conclusión de un tratado de desarme eficaz.

A más de esto, los trabajadores de todos los países deben acordarse también este Primero de Mayo de una promesa que no se ha cumplido. A raíz de la Conferencia Internacional del Trabajo de 1919 se aprobó el convenio internacional relativo a la jornada de ocho horas. Pues bien: todavía hoy, a los diez años, los Gobiernos de los más poderosos Estados industriales del mundo se niegan a mantener la palabra dada entonces. El ataque de la reacción inglesa contra la jornada de ocho horas ha sido rechazado en la Oficina Internacional del Trabajo en Ginebra; pero no será posible lograr que la Gran Bretaña ratifique el convenio de Washington sino después de una gran victoria laborista.

A pesar del enorme paro, no obstante la creciente miseria de las masas, la reacción internacional busca siempre la manera de prolongar la duración del trabajo y sumir en la miseria del paro a masas cada vez mayores del proletariado.

Por estas razones, el Primero de Mayo nos manifestaremos:

Contra los proyectos reaccionarios de los explotadores.

En favor de la ratificación del convenio de las ocho horas.

Este Primero de Mayo tendremos un recuerdo para nuestros compañeros de aquellos países que, sometidos a circunstancias excepcionales, luchan por el ideal socialista y democrático, y les enviaremos nuestros más fraternales saludos.

Los socialistas que gozan de libertad tienen el deber de prestar ayuda a los camaradas oprimidos, luchando enérgicamente contra su enemigo de clase.

El sostén más poderoso de la reacción internacional, el Gobierno conservador de la Gran Bretaña, comienza ya a vacilar. Todas las elecciones complementarias han demostrado que el movimiento obrero británico está irresistiblemente en camino de progreso. En Dinamarca, en Bélgica y en Holanda entran también los Partidos obreros en la lucha y abrigan grandes esperanzas de triunfo.

El proletariado internacional probará el Primero de Mayo que es bastante fuerte para rechazar todos los ataques de la reacción y que esta dispuesto a luchar:

Contra la reacción.

Por la democracia.

Por el Socialismo.

Fines de marzo de 1929. — La Mesa de la Internacional Obrera Socialista.

¡Trabajadores! Leed y propagad EL SOCIALISTA

### Organización obrera y Socialismo

Carlos Marx concebía al Partido Socialista como el órgano político de la clase obrera consciente de sus necesidades y de los fines sociales que debe perseguir, y a la organización sindical, construida para la resistencia económica contra la burguesía, como la escuela en que el proletariado se capacita para la lucha política propia del Partido Socialista.

Este principio sigue siendo aún una guía preciosa para el militante y el organizador. Lo cual no quiere, naturalmente, decir que haya de ser aceptado al pie de la letra y sin los esclarecimientos y adaptaciones que exigen los rápidos progresos experimentados, tanto por las organizaciones obreras como por los Partidos Socialistas de las diversas naciones.

Especialmente, deberá tenerse en cuenta que, en la actualidad, muchos Sindicatos han logrado desarrollar hasta tal punto la conciencia proletaria y asimilarse de tal modo al espíritu del Socialismo, que en las formas múltiples de lucha que practican se muestran como elementos valiosos de la actuación política.

Julián BESTEIRO

### ¡Guardias! ¡Guardias!

Como en años anteriores, cuando se cambia el horario, se establecen, de ordinario, garitos de jugadores, que abundan en nuestro oficio, para desgracia de todos.

¡Jugadores y beodos!

¿Es enfermedad o es vicio?

Y en la calle de Zurbano, como en la de las Veneras, en medio de las aceras juégase en pleno verano.

¡Que en la calle, en pleno día, en Madrid ocurra esto!

Si ocurriera allá, en Infiesto,

a mí no me asombraría.

¡Qué espectáculo el que dan, señores, tan vergonzoso!

Yo me pregunto, curioso:

Esos guardias, ¿dónde están?

Con lo útil que sería ese tiempo tan precioso invertirlo en el reposo, recuperando energía.

O, aquel que sepa, leyendo,

y escuchando a los demás.

¿No valdría mucho más,

para irnos instruyendo?

Que si al juego hay afición

—no lo olvidéis, compañeros,

y lo hacen los obreros—,

es por falta de instrucción.

Se dirá: los señoritos

también juegan. Esto es cierto;

pero si juegan, yo advierto

que es que están de todo ahitos.

Pero los que no coméis,

porque no alcanza el jornal,

¿no os parece criminal

que el dinero así juguéis?

Y es que el que juega no advierte

ulteriores consecuencias,

cual son: probables pependencias,

que degeneran en muerte.

Aquí, yo la pluma dejo.

He cumplido mi deber.

¡No jugar y no beber!

Aceptad este consejo.

Nada tengo que pedir

contra esos desgraciados.

Después de los gritos dados,

que oiga quien tenga que oír.

Vicente ARROYO RAMOS

Mayo.

## Los jóvenes y su deber

Ha dicho recientemente Berr Shaw, nuestro genial, inquieto y sarcástico correligionario inglés, que las Juventudes Socialistas guardan la llave del porvenir. A nuestro juicio, tiene razón el insigne pensador y dramaturgo británico.

Ahora que los jóvenes de la aristocracia, de las clases medias y del pueblo hacen del deporte su único dios, elevando a la categoría de ídolo el balón de fútbol, las Juventudes Socialistas del mundo entero marcan el oasis más visible, o, acaso, el único, en el que la política y la cultura no se hallan desplazadas en absoluto por el cultivo de las extremidades inferiores.

\*\*\*

Tres son las preocupaciones que al presente deben absorber la atención de la juventud: la cultura, la política y el deporte, concebido éste, no como la lucha feroz y enconada con que se presenta en los campos pugilísticos —en los que las heridas y aun la muerte son acontecimientos frecuentes—, sino como racional y perfecto medio para conseguir un cuerpo robusto, el más adecuado continente de un alma sana, según el dicho clásico.

Y estas tres preocupaciones deben requerir la actividad juvenil por el orden en que van apuntadas: Primero, la cultura, la formación en el joven de aquellos conocimientos generales necesarios a toda persona que desee jugar algún papel en el concierto contemporáneo; después, la política, a la que los jóvenes deben llevar su buena fe, sus lógicos anhelos democráticos, su noble afán de liberación hu-

mana de toda tiranía y de toda servidumbre económica. Y finalmente, el deporte, la gimnasia, las excursiones campestres, como medios para lograr la robustez y, si es posible, la plétora de vida física.

Si cualquiera de esas tres actividades se impone a las otras dos, la actuación social del joven no puede ser completa. Pero cuando la que agota todos los anhelos y todo el tiempo de la juventud es, como ahora suele ocurrir, el deporte, concebido, no como conveniente ejercicio higiénico, sino como una especie de lucha de gallos, en la que se exaltan las más bajas pasiones animales y no se perdona medio de triunfar sobre el equipo adverso, entonces, semejante juventud debe hacer llorar a toda persona sensata, ante la perspectiva de los hombres que encarnarán en esos jóvenes... ¡Hombres cuyo único norte será la fuerza o el dinero! He ahí el resultado fatal de una juventud que desdeña la cultura y la política.

¡Juventudes Socialistas: recordad en esta histórica fecha del movimiento obrero cuál es vuestro deber! ¡Luchad con entusiasmo por la libertad y la justicia social! Que no os pueda ser aplicable esta frase de Goethe: «Una juventud sin ideales está decrepita hasta los huesos antes de haber vivido, y merece ser enterrada.» Que os hagáis dignos, más bien, de esta otra, hermosísima, de Gambetta: «El joven que muere por un ideal, realiza el más hermoso sacrificio.»

J. SANCHEZ-RIVERA



Cada día más, el hombre debe darse cuenta de que, aunque hay razas, no por eso debe ser esto un obstáculo para que todos los hombres, y más aún cuando dependen del trabajo, dejen de quererse.



## Unión General de Trabajadores de España

La Comisión Ejecutiva de nuestro primer organismo nacional, con motivo de la demostración internacional obrera del Primero de Mayo, se ha dirigido a todas sus Federaciones y Secciones con la circular que a continuación reproducimos.

En ella se dan a conocer las peticiones que han de elevarse al Poder público, y que insertamos con la circular adjunta, teniendo en cuenta que damos a la publicidad aquellas conclusiones que las circunstancias actuales permiten sean publicadas.

Para conocimiento de todos nuestros asociados transmitimos el referido documento oficial, que dice así:

### «ESTIMADOS COMPAÑEROS:

Sujetos a las mismas circunstancias políticas que en los cinco últimos años, vamos a celebrar en éste la Fiesta del Trabajo. No obstante estas circunstancias, y aun cuando el resultado sea negativo, en todas las localidades debe solicitarse de la autoridad respectiva el permiso correspondiente para la celebración de mítines, conferencias y manifestaciones. Si no se os autorizara para ninguna clase de actos, ello no debe ser óbice para que se suspendan el día Primero de Mayo toda clase de trabajos, a excepción, naturalmente, de aquellos cuyas faenas no pueden sufrir interrupción sin quebranto para la industria y para los intereses de los mismos trabajadores.

La paralización de todos los trabajos, con las excepciones indicadas, debe ser la manifestación más completa del significado que para la clase obrera tiene el Primero de Mayo. Por esto os recomendamos con el mayor interés que en el día indicado procuréis que el paro sea lo más absoluto posible. Con ello daremos una prueba fehaciente del espíritu que a todos nos anima de continuar luchando por el triunfo de nuestras aspiraciones.

Para que sean elevadas al Gobierno por los organismos representativos de nuestro movimiento obrero, os proponemos las conclusiones que van a continuación:

- 2.ª Exacto cumplimiento de la legislación social, y especialmente de la jornada legal de ocho horas, a cuyo efecto deberá consignarse en los presupuestos la cantidad necesaria para nombrar el número de inspectores preciso.
- 3.ª Adopción de procedimientos eficaces que tiendan a resolver la crisis de trabajo y el encarecimiento de la vida.
- 4.ª Medidas que intensifiquen la construcción de casas baratas.
- 5.ª Exacto cumplimiento del Retiro obrero.
- 6.ª Ampliación del seguro de Maternidad a todas las mujeres.
- 7.ª Ratificación de los convenios sobre paro involuntario y de enfermedad, y todos los acuerdos tomados en las Conferencias Internacionales del Trabajo.
- 8.ª Creación de las escuelas necesarias para todos los niños que deban asistir a ellas.
- 9.ª Legislación agraria que comprenda lo siguiente:
  - a) Extensión de los beneficios de la ley de Accidentes del trabajo y demás legislación social a todos los obreros agrícolas.
  - b) Constitución urgente de los Comités paritarios de la agricultura.
  - c) Modificación del derecho vigente en el sentido de que los arrendos de tierras, sea cualquiera el sistema, tengan una duración mínima de veinte años; indemnización por las mejoras introducidas por el esfuerzo del arrendatario, y que la renta no sea superior al interés legal del valor declarado a la Hacienda.
  - d) Prohibición de los subarriendos.
  - e) Obligación del cultivo intensivo.
  - f) Municipalización de las tierras que, por abandono de sus dueños, lleven sin producir más de cuatro años, y concesión de dichas tierras, en arrendamiento, a las Sociedades de obreros agrícolas residentes en la localidad, para que las exploten en común, bajo la dirección técnica que determine el Estado.
  - g) Roturación de las tierras destinadas a cotos de caza y a la cría de ganado de lidia.
  - h) Creación de un Crédito agrícola nacional con un interés módico y amortización a largo plazo.
  - i) Reconocimiento preferente para los arrendatarios del derecho de retracto en caso de venta de las tierras dadas en arriendo, aparcería, etc.
  10. Repoblación forestal.
  11. Promulgación de la ley de control sindical en las industrias.
  12. Que el Gobierno resuelva de conformidad con lo solicitado por la Unión General de Trabajadores de España en lo referente al decreto-ley sobre impuesto de Utilidades.

### DECLARACION

La clase trabajadora afirma su deseo de que deben socializarse los medios de producción y de cambio.  
Madrid, abril de 1929. — Por la Comisión Ejecutiva: El secretario, Francisco Largo Caballero. — V.º B.º: El presidente, Julián Besteiro.»

## La estructura de nuestro movimiento obrero

Venía siendo motivo de singular preocupación en los militantes destacados de la Unión General de Trabajadores la estructura que debiera darse al movimiento obrero español, adherido a la mencionada Central sindical, hasta que en el Congreso celebrado últimamente, y con perfecta unanimidad de los delegados, se acordó estructurar la Unión General de Trabajadores de España a base de organismos nacionales de industria, los que, a su vez, podrán estructurarse con entera libertad en organismos regionales, provinciales, locales o con sujeción al tratado que estimen pertinente hacer del organismo nacional de la industria respectiva.

La decisión del Congreso en materia tan delicada como esta que nos ocupa ha planteado en el lugar de las realizaciones una aspiración preeminente de los militantes activos de la organización obrera española. El momento no puede ser más interesante, ni yo recuerdo otro con mayores exigencias para los artífices encargados de perfeccionar la gigantesca obra emprendida y puesta en marcha por nuestros gloriosos antecesores.

Mucho tacto tiene que emplear la Comisión Ejecutiva de la Unión General de Trabajadores, y muy singularmente la Secretaría de este organismo, para desviar los obstáculos de la senda por donde pueda marchar el Comité Nacional, primero, y el Congreso, después, a la consecución de sus manifestados deseos. Y en tan delicada misión justo y necesario es que participemos todos los militantes, sea cual fuere nuestro puesto en la organización actualmente, con el espíritu constructivo que la magna obra a realizar demanda.

Es posible, casi seguro, que no todos los militantes activos de la Unión General de Trabajadores concedamos igual importancia ni trascendencia al asunto motivo de las presentes líneas;

sin embargo, somos muchos los que le reputamos como uno de los más esenciales entre aquellos que absorben la atención de los elementos dirigentes del movimiento obrero, sin distinción de países; porque la eficacia de toda una organización depende, naturalmente, de varias circunstancias y condiciones, pero muy principalmente del acierto o del error al estructurar aquélla.

La Unión General de Trabajadores de España, que ha llenado todo un ciclo de la historia contemporánea de nuestro país, desde su constitución, siente la necesidad de transformarse, no en su fondo, puesto que indudablemente han quedado sus principios y aspiraciones después del examen minucioso a que fueron sometidos en su último Congreso, sino en su forma, porque no es ya todo lo eficaz que debiera ser su estructura para hacer frente a las necesidades que emanan de las nuevas formas de producción y de explotación empleadas por los capitalistas. Esta es la razón, a juicio mío, por la que se pronunció el Congreso en sentido favorable a estructurar la Unión General de Trabajadores a base de organismos nacionales de industria, y esta razón debe ser la imagen siempre viva para transformar previamente la mentalidad de muchos militantes obreros en esta materia, y que se presenta como cuestión previa a la transformación de las colectividades respectivas.

Plumas muy autorizadas, en las autobiografías que han hecho de la Unión General de Trabajadores, señalaron con extraordinario acierto sus virtudes, así como las apreciables conquistas logradas, que tantos beneficios vinieron a reportar entre los trabajadores españoles. De las primeras destaca, por la fuerza educadora que de ellas emerge, su ininterrumpido afán en el empleo de procedimientos liberales y democráticos para resolver

sus asuntos, y la visión clara de la realidad que presentan esos mismos asuntos. No debía abandonar la Unión General de Trabajadores tan excelsas cualidades al enfocar el asunto relativo a su estructura, y, efectivamente, tomó el acuerdo de todos conocido, con precisión y con claridad, pero dejando un margen tan amplio como la realidad del movimiento obrero español demanda, para que la transformación se realice sin ningún quebranto sensible en las filas de las organizaciones interesadas.

La Unión General de Trabajadores de España quiere acondicionar su forma a las necesidades del presente, porque así conseguirá afianzar las conquistas logradas desde su fundación y añadir nuevos timbres de gloria a los que tan legítimamente viene ostentando. Pero si esa es su posición ideal, como siempre, vislumbra ciertamente cuál debe ser su posición en el terreno de la realidad; sabe muy bien que no es solamente el organismo Unión General de Trabajadores propiamente dicho el que tiene que sufrir esa transformación, que sería, en este caso, más subjetiva que sustantiva, sino que la transformación debe empezar por las células más modestas del movimiento obrero: por las Secciones, por las Federaciones—locales, provinciales y regionales—, por los Sindicatos y Federaciones nacionales inclusive. En suma: que tan honda transformación requiere, para su efectividad y eficacia, una propaganda previa, una educación gradual y progresiva en los individuos y organizaciones interesadas, obra a que, seguramente, consagrará la Central sindical de nuestro país sus mejores esfuerzos.

Urge trabajar en esta dirección y con tan elevados propósitos, porque va siendo necesario poner la estructura de la organización obrera de nuestro país en consonancia con sus aspiraciones y en condiciones de lograr los objetivos mediatos e inmediatos que persigue.

### Trifón GOMEZ

El talento lo es todo; el nacimiento, nada. Hay labriegos que nacen príncipes, y príncipes que nacen labriegos. Si entre los mozos de cordel hay canalla, también la hay entre los príncipes.—CRISTINA DE SUECIA.

## La principal significación del régimen paritario

El régimen paritario, creado por decreto-ley de 26 de noviembre de 1926, se recibió con simpatía por la clase trabajadora española. Los obreros organizados—que al estarlo demuestran mayor cultura y sentido social—se dispusieron desde el primer momento a prestarle su franca adhesión, promoviendo el establecimiento de Comités paritarios en aquellos sectores del trabajo donde los patronos parecían propicios a la nueva estructuración laboral.

Esta actitud unánime del proletariado ante la organización paritaria es un hecho muy interesante. Y merece ser destacados los móviles a que obedece.

El régimen paritario se manifiesta, en principio, como un organismo al que el Estado confiere la función de regular las relaciones entre obreros y patronos. Con él se abren cauces jurídicos para tramitar las divergencias entre ambos elementos de la producción. La clase obrera, al aceptarlos, pone de relieve el sentido constructivo de su actuación social. Prefiere los medios pacíficos, la discusión reflexiva para ir mejorando su situación, y queda relegada la huelga, como apelación a la violencia, para los casos de extrema necesidad.

La adhesión del proletariado al sistema paritario descansa sobre el supuesto de que el funcionamiento de éste ha de resultar favorable a sus intereses. Y, efectivamente, considerada en general la actuación paritaria, va siendo, hasta ahora, beneficiosa para la clase obrera. No siempre se consigue aumentar los salarios hasta el nivel que la justicia exigiría; pero, desde luego, adquieren los convenios de trabajo una precisión, una permanencia y una formalidad oficial que convienen mucho a los trabajadores.

De todas suertes, un régimen de índole adjetiva—de organización y de procedimiento—depende, en cuanto a sus resultados, de la manera de funcionar, del espíritu que informe a los elementos del Comité, del acierto logrado en las decisiones. Podrían, tal vez, no ser éstas favorables a los obreros, o quedar reducidas a muy escasa eficacia.

Sin embargo, la clase trabajadora se sumó decididamente al movimiento paritario, antes de calificar sus resul-

tados por los primeros ensayos. No esperó a ver si le convenía o no colaborar en la estructuración corporativa, atendiendo a la posibilidad de lograr determinadas ventajas. Su adhesión fué inmediata, espontánea, desinteresada, convencida. Así debía ser, puesto que, por encima de la cuestión de intereses o probables beneficios, se trataba en realidad de una cuestión de principios, ya que el Comité paritario representa un paso considerable en el movimiento de dignificación del trabajo. Esta es su principal significación.

Para apreciarla, habremos de recordar todo el proceso ascendente que ha venido teniendo la consideración social y jurídica del trabajo humano. Ocupación indigna de los hombres libres, propia sólo de esclavos, fué el trabajo en los pueblos de la antigüedad. Encomiéndose en la Edad Media a los siervos, hombres de condición menos dura que la de los esclavos, pero sin plena personalidad ante el Derecho. Los gremios medievales constituyen la primera tentativa de dignificación del trabajo humano, en manos ya de hombres libres. Pero el artesanado no podía satisfacer las exigencias de la vida moderna, y el capitalismo vino a romper los moldes estrechos de la organización de los oficios. Pasa el trabajo humano a la condición de mercancía, que se cotiza en los vaivenes de la oferta y la demanda. Comienza entonces, con la gran industria, el enorme desarrollo numérico del proletariado. Su «ejército de reserva», bien lo demostró Carlos Marx, malogra toda tentativa de redención. La «ley del bronce» del salario es una dura realidad. El patrono fija a su arbitrio las condiciones del trabajo, que el obrero, forzado por la necesidad, ha de aceptar. Frente a la tiranía capitalista forman los trabajadores sus Sociedades de resistencia, que los Gobiernos, hechura de la plutocracia, persiguen con saña. Pero ya los obreros van adquiriendo una conciencia de clase, una cultura y una organización. Se define un ideal: el Socialismo. Apoyados en estos elementos, ganan huelgas y triunfan en las elecciones. Gobiernos y patronos tratan con los organismos obreros para resolver conflictos y concertar contratos colectivos de trabajo. La sociedad empieza a considerar al trabajador como lo que realmente es, y le otorga la categoría de factor fundamental de la producción.

La situación últimamente indicada es la que tiene el trabajo humano en la totalidad de los países cultos. Pero en España se ha dado un paso más con el establecimiento de los Comités paritarios, facultados para reglamentar la profesión, acordando al efecto normas obligatorias. De ellos forman parte, en un pie de igualdad, obreros y patronos. Iguales en número, iguales en atribuciones, iguales en categoría. Esta participación paritaria significa la completa equiparación del capital y del trabajo en la función reguladora de la actividad profesional. Es el reconocimiento oficial de la dignidad del trabajo humano. He aquí la más alta significación del régimen paritario. Por ello, prescindiendo de las ventajas que mediante él puedan obtener los obreros, y aun cuando no se consiguiera ninguna, debemos estimarlo como una preciada conquista, que merece ser registrada con viva satisfacción en la Fiesta del Trabajo, puesto que afecta a la dignidad de los trabajadores.

Me diréis, apreciables compañeros, que no puede considerarse un ideal el que se equiparen los obreros, creadores de riqueza, a quienes no son otra cosa que detentadores del capital y demás elementos de producción. Es cierto. Pero miremos el camino recorrido, desde que el trabajador era un infeliz esclavo o un pobre siervo, hasta el día de hoy, en que interviene como ciudadano libre, para regular con funciones propias la vida profesional. Valoremos los obstáculos de todo orden que ha sido preciso vencer para llegar al establecimiento, sin oposición de nadie, de un régimen paritario. Recordemos cuál era la consideración en que se tenía al obrero hace poco más de treinta años. Y, reflexionando sobre todo ello, comprenderemos lo que significa, en el proceso de dignificación del trabajo humano, el funcionamiento de un Comité de obreros y patronos, con paridad de número y de facultades..., en una sociedad capitalista.

Dr. Jerónimo MALLO

## Trabajos

El Primero de Mayo  
celebraré la Fiesta  
del Trabajo  
calladamente, haciendo, en la poblada  
soledad de mi alma y de mi cuarto,  
la evocación de todos  
los trabajos  
del Hombre por los hombres, siempre  
con dolor, nunca vanos.

Un arranque, un dolor, un sacrificio...  
Prometo en el Cáucaso;  
Cristo en la cruz; Juan Huss sobre la hoguera...  
¡Trabajos!

El esfuerzo bovino  
de los esclavos  
que trajeron de Libia los sillares  
para la tumba de Cheops... ¡Trabajo!

Romper nuestras cadenas,  
haciéndonos pedazos  
las manos del esfuerzo,  
o remar, satisfechos, en el banco  
del galeote...

Juvenal trabaja  
y escupe a Domiciano;  
y Farinelli canta  
de tiple..., al parecer, no mal hallado  
con su destino...  
¡Siempre,  
rebelde o resignado,  
en la mente, en el músculo, en la carne...  
fecundidad, trabajo,  
dolor!...

¡Fueron los dioses,  
maldiciendo el esfuerzo, haciendo amargo  
nuestro pan!...

Ser terribles  
y envolver la verdad en el arcano,  
propio es de dioses. ¡Descifrar misterios,  
iluminar el caos,  
hacer que el mundo sea  
más racional, trabajo

de héroes!...  
¡Nuestra labor, sana y alegre,  
por ley, no por castigo! ¡Lo esperamos  
aún!...

Fué Prometeo  
quien arrancó a los dioses el arcano  
del fuego. ¡Alzó la antorcha,  
cogida en ambas manos,  
sobre la frente: iluminó el camino  
para mañana!...  
¡Vamos!

Jorge MOYA



## Los convenios de normas

Hace tiempo abordamos este mismo tema en las columnas de *El Socialista*. Se discutía entonces en el fenecido Instituto de Reformas Sociales el anteproyecto de ley de contrato de trabajo. Los patronos le combatían encarnizadamente. Nada de contrato de trabajo, pensaban, aunque públicamente no lo dijeran, y menos aún permitir que se consignaran en la ley en discusión estos principios de convenios de normas, que son generales en las legislaciones modernas del trabajo. Por fin, viendo que, no obstante su obstinación, el proyecto se aprobaba, se retiraron del Instituto, llevando la coacción al Gobierno de entonces para que no sancionara esta obra. Han transcurrido unos años. Lo que no aceptaron en aquel momento, lo acatan hoy los mismos patronos, dictado por los Comités paritarios. Su intransigencia no les ha producido la satisfacción que anhelaban de ver cómo retrocedía el movimiento obrero en su lucha diaria por las reivindicaciones de clase.

### El contrato de trabajo.

¿Conocéis doctrina más egoísta que la consignada en nuestros Códigos burgueses cuando tratan del arrendamiento de servicios? Según los antiguos legisladores, un capitalista compra con su dinero el plano artístico de un edificio, paga después la técnica del arquitecto que dirige la obra, hace otro tanto con quienes ejecutan los demás trabajos, y con esto, la casa construida, con su belleza artística, le pertenece por entero, incluso aunque se trate de un analfabeto con fortuna. ¿Es esto justo? Supongamos que un ingeniero concibe un proyecto de riegos, que, ejecutado, enriquece una región o todo un país. ¿No merecerá quien tal obra hiciera más que unas cuantas pesetas, como pago al bien que reportara?

La vieja doctrina del contrato individual de trabajo va fracasando por injusta. El movimiento sindical la anula y terminará por enterrarla. Bien merecido se lo tiene. Este sistema de contrato individual favorece únicamente al patrono. El obrero que no tiene ocupación y carece de los medios necesarios para vivir, ofrece sus brazos, y si al alquilarlos le rebajan el precio, lo tolera, protestando por dentro, porque la miseria le acucia. El contrato, para reputarse moralmente válido, es preciso que se verifique estando los sujetos contratantes, es decir, las personas que lo hayan de suscribir, en el mismo plano de igualdad, cosa que no ocurre cuando un obrero y un patrono verifican este contrato aisladamente. La diferencia de posiciones es tan grande, que la frase patronal consagrada es ésta: «Le admito o despidio al trabajo». Nunca se le ocurre decir: «Voy a contratar con este obrero su trabajo». Se ve, por tanto, al proceder así, que únicamente actúa en estos casos la voluntad del patrono.

### Contrato de trabajo colectivo.

Con alguna frecuencia se verifican esta clase de contratos en el campo, en las minas y en algunas otras explotaciones. Un número determinado de obreros contrata, por ejemplo, con un patrono la cava de un olivar por un tanto alzado. En este caso se trata de un contrato colectivo de trabajo, puesto que son varios los obreros contratantes y porque se *contrata trabajo*. Este convenio se caracteriza, y debemos fijarnos en la distinción comparándole con el otro de que trataremos después, en que, no obstante ser colectivo, por afectar a varios trabajadores, sus efectos jurídicos sólo alcanzan a quienes le hayan suscrito. Pongamos un ejemplo: Diez obreros contratan con un propietario hacer el vaciado de una obra por 2.000 pesetas. Si por acaso no les pagaran esa cantidad, los únicos que podrían reclamar en este caso concreto eran los diez trabajadores, pero nadie más. Su radio de acción no tiene más alcance.

Creemos haber aclarado bien lo que debe entenderse por *contrato colectivo de trabajo*. Y ahora tratemos del asunto principal de este artículo.

### Convenio de normas.

Un contrato de esta naturaleza no pueden suscribirlo uno o varios obreros con uno o varios patronos. Tienen que actuar como sujetos contra-

tantes una o varias Sociedades de obreros con una o varias Sociedades patronales. La diferencia, como puede verse, en relación con los casos anteriores, es notoria. En esta clase de convenios—y esta es, a nuestro juicio, la característica principal—*no se contrata trabajo, sino las normas en que se ha de verificar el trabajo*. Al concertar la Sociedad de Albañiles, recientemente, con la Patronal, su convenio, no contrató trabajo para sus asociados, sino las condiciones en que han de trabajar en Madrid los obreros de la albañilería.

Los efectos jurídicos en este tipo de convenios difieren de los anteriores en que comprenden a todos, lo hayan o no firmado, lo mismo a obreros que a patronos, pudiendo acudir ante los Tribunales cualquiera que sea, del oficio u oficios que comprenda el convenio, y considere que no han sido respetados sus derechos. Esta es, dentro del régimen capitalista, la forma más justa de contratación. Conviene al obrero, porque con ello se evita el regateo a su trabajo; porque sus representantes, al discutir con los patronos en nombre de la Sociedad que los elige, están colocados en situación de poder hacer frente a las objeciones que se les hagan. Favorece también a los patronos, sobre todo a los más comprensivos, porque, establecidas unas condiciones mínimas de remuneración y máximas de horario de trabajo, son para cumplirlas todos, y con ello se dificulta y, en ocasiones, se impide que los más desalmados rebajen los jornales, aumenten las jornadas, haciendo con ello una competencia ilícita y desleal a los que cumplen mejor.

Al estudiar diversos convenios nor-

mativos, realizados en otros países, hemos visto que, además de determinarse las condiciones referentes a salario y jornada, se insertan también cláusulas que se ocupan de la admisión de obreros al trabajo, de los despidos, de los litigios que puedan surgir; algunas otras conciernen al estudio del progreso de la propia industria, y otras, en fin, son de las llamadas de control. Esta labor, tan adelantada en otros países, adquiere en el nuestro, en estos instantes, por virtud de los Comités paritarios, un gran desarrollo. Por esto hemos creído de interés plantear este tema, sabiendo que hay compañeros que confunden el *convenio de normas* con el *contrato colectivo de trabajo*.

Lucio M. GIL

## Importante

Se participa a los compañeros afiliados a nuestra Sociedad que las horas de entrada y salida al trabajo en los meses de mayo a agosto (ambos inclusive), en virtud de lo que dispone el convenio de normas aprobado por el Comité paritario de nuestro oficio, serán las siguientes:

De ocho a doce de la mañana y de tres a siete de la tarde (hora solar).

Establecida la hora oficial, las horas de trabajo serán:

De nueve a una por la mañana, y de cuatro a ocho por la tarde.

Lo que se recuerda, para su más exacto cumplimiento, y en evitación de posteriores reclamaciones de aquellos asociados que pudieran faltar, alegando ignorancia, ante la pérdida de sus derechos en la Sección de Socorros de nuestra colectividad.

Es, pues, un deber inexcusable el cumplimiento estricto de lo pactado.

LA JUNTA DIRECTIVA

Madrid, 1 de mayo de 1929.

## El "paro,"

Con vuestro permiso, lectores amados, voy a hacer al «paro» varios «pareados».

El «paro» es antiguo... ¡Dios mismo, señores, al séptimo día *paró* en sus labores!

¡Claro que hizo un Mundo; pero a los seis días ya estaba *parado*, con las manos frías!...

(¡Y es que es muy difícil, en cosas humanas, trabajar, seguidas, un par de semanas!)

Y fué gran desdicha que el Omnipotente, tras sudar seis días, *parase* al siguiente...

Porque si trabaja toda la quincena, de «casas baratas» el mundo nos llena.

¡El «paro» es terrible!... ¡Para el buen obrero es hambre y apuros, aun siendo soltero!...

¡Cuando el jornal cesa, cualquier matrimonio, aun siendo sin hijos, se entrega al demonio!...

Para todo artista que vive del tajo, es perder la vida quedar sin trabajo...

Sólo se exceptúan el actor de fama, que, al estar *parado*, hace el propio drama,

y Villalta, el diestro, que gana doblones dándole a los toros clásicos *parones*.

Pero nadie piense que mi musa toma (porque hago «estos chistes») lo del «paro» en broma.

Yo hago lo que hacen ciertos oradores que van, por las plazas, curando dolores...

Digo cuatro chistes, que sal gorda exudan, para que las gentes a reírse acudan,

y, cuando ya tengo reunido el corro, suelto las verdades en continuo chorro...

Y pido, sin risa, a varios señores, «que *tengan trabajo* los trabajadores».

Yo pido, al alcalde, procure en dos días dar vías al hecho de arreglar las vías

Yo pido, al obispo, que gaste la pasta en hacer asilos, hasta decir «basta»...

Que haga muchas *obras*, el santo prelado, de misericordia, y... hormigón armado.

Que los propietarios construyan hogares sobre los extensos y áridos solares.

Que caigan al suelo las casuchas viejas, al ruido de enjambre de miles de abejas.

Y que el buen obrero, *parado* al presente, mover pueda el brazo... y mover el diente.

Matar el «ocio» y «paro» es labor bendita; pues el que vacía tiene la despensa, y, *ocioso y parado*, medita y medita, no suele ser bueno lo que, a veces, piensa.

Luis DE TAPIA

## El derecho a la huelga

Aunque me lo propusiera, no podría vencer dentro de mí la antipatía que me inspiran esos armatostes jurídicos que se llaman Códigos penales. Ignoro cómo los verán los demás. Para mí, un Código penal es, ante todo, una coacción contra la libertad. Cuando tengo en las manos uno de esos libros—antipodas del libro en su noble acepción literaria—me pregunto siempre: ¿Cuántas lágrimas acarrearán este articulado? ¿Cuántas acciones generosas fracasarán en este tejido de sentencias? ¿Cuántas injusticias autorizará este tratado de la justicia? Bien sé que hay muchos hombres que se inclinan con profundo respeto ante la autoridad que entraña un Código penal. Yo los admiro—¡oh espíritus bondadosos y disciplinados!— sinceramente. Pero suele ocurrir que esos hombres son los que redactan los Códigos o los que han influido indirectamente para que se redacten en un sentido conveniente a sus intereses. En eso nos diferenciamos unos de otros. Los varones serenos que redactan los Códigos tienen la íntima convicción de que están dictando leyes para los demás. Yo, en cambio, tengo la sospecha terrible de que se han redactado para mí. Ante el Código penal me siento, sin remedio—y hasta con cierto orgullo—, futuro delincuente. Para no demorar, necesito llamar en mi auxilio la frase evangélica: «Dichosos los que sufren persecuciones por la justicia, porque ellos será el reino de los cielos»...

Me tengo por hombre de buen gusto. Con eso queda dicho que no he sentido nunca la tentación de leer un Código penal. A lo sumo, en horas de insomnio, he tratado de hojearlos. Voy a referirme, si embargo, al nuevo Código español que ha comenzado a regir desde primero de año en la parte que trata de las faltas contra el contrato de trabajo. El artículo 840 dice que «será castigado con la pena de cinco a quince días de arresto y multa de 50 a 250 pesetas todo obrero que, habiendo celebrado un contrato de trabajo mediante la intervención de entidades oficiales de carácter corporativo, etc., rompa dicho contrato antes de la expiración del plazo del mismo...» En una conferencia dada recientemente en la Casa del Pueblo, el camarada Largo Caballero, que rozó incidentalmente este aspecto del Código, calificaba la sanción de absurda. Veamos hasta qué grado lo es.

La primera anomalía jurídica que se observa es la de castigar con pena corporal un incumplimiento de contrato, que correspondería, en último extremo, a la legislación civil, pero jamás a la penal. Aquí se subvierten por entero las normas más elementales del Derecho. Y no es eso lo más grave. Lo grave es que esa determinación de pena significa, solapadamente, la condenación del derecho de huelga, que nadie, en buena teoría jurídica, se atrevería a negar actualmente. Supongamos el ejemplo de unos obreros que se declaran en huelga. Si se trata de disminuir las horas de tra-

bajo o de aumentar los salarios, bastará mostrar el artículo 840 del Código penal, para que la huelga sea considerada ilegal, puesto que viola compromisos anteriores que están en vigencia. Si se trata de una huelga de solidaridad—que son las más admirables—, nos hallaremos ante el mismo caso: nadie condenará la huelga, pero se habrá dejado incumplido un contrato de trabajo, y el Código caerá con toda su fuerza coercitiva sobre los huelguistas. En ambas situaciones, el derecho de huelga queda reducido a una bella declaración, sin aplicación práctica posible. A eso tiene, tal como yo lo veo, el artículo 840 del Código penal.

Generalmente, los juristas, cuando llega la hora de registrar sobre el papel el parto de sus meditaciones, creen que son las leyes las que deben dictar normas de vida, y no que es la vida la que debe dictar la ley. Sus concepciones son frías, deshumanizadas. Sé, por eso, la réplica que darían a las objeciones que dejamos escritas. Dirían: «El contrato debe obligar por igual a obreros y patronos. Por eso, en el Código se establecen las mismas sanciones para unos que para otros...» ¡Qué sentido más justo de la igualdad! Examinemos, de todos modos, la naturaleza íntima del contrato de trabajo. Un pacto entre obreros y patronos no puede ser equiparado a un contrato civil convenido entre partes igualmente libres. El obrero no cuenta con más fuerza que la suya propia, insuficiente para contrarrestar la del patrono, que tiene a su favor todo el poder que le presta una organización social creada para la defensa de sus intereses. El contrato de trabajo se establece, precisamente, para garantizar al obrero un mínimo de beneficios, frente a la rapacidad del patrono. Es claro que el contrato de trabajo no puede representar para el obrero, en ningún momento, un vínculo de opresión. «Los obreros que ofrecen sus servicios mediante un contrato colectivo no renuncian por ello a los mejoramientos que sobre dicho contrato puede operar el transcurso del tiempo. La posibilidad permanente de la reivindicación está implícitamente en el contrato de trabajo de las Sociedades modernas, y como la ley reconoce que esa reivindicación puede ser realizada por medio de la huelga, el derecho a la huelga se encuentra incluido en el contrato y virtualmente reconocido...» Ahí quedan transcritas esas palabras del gran Jaurès, para que sirvan de amparo a mi ignorancia.

En la conferencia a que he aludido anteriormente, Caballero decía que el artículo 840 del Código tendrá que derogarse o será letra muerta. Yo también lo creo. Mas, si hubiera alguien que se empeñara en mantenerlo vivo, todo es cuestión de practicar la gimnasia y saltar por encima. En fin de cuentas: todo lo bueno que se ha hecho en el mundo se ha hecho así.

Manuel ALBAR

## El programa económico de la Internacional de Amsterdam

La Mesa de la Internacional de Amsterdam, en su última reunión, celebrada recientemente, preparó un proyecto económico que habrá de examinar el próximo Pleno de la Comisión Ejecutiva.

El programa sindical o social de la Internacional de Amsterdam es de sobra conocido. Lo ha expuesto repetidamente en sus Congresos, y, en particular, en el célebre de Berna de 1919, en que presentó el cuadro completo de sus reivindicaciones, la mayoría de las cuales fué incorporada luego en la parte XIII del Tratado de Versalles.

No por eso había descuidado la Federación Sindical Internacional las cuestiones económicas, como lo prueban las diversas resoluciones adoptadas en diversos Congresos, celebrados desde 1919 hasta la fecha. Lo que no había hecho hasta ahora era articular un programa completo relativo a dichas cuestiones.

El programa, como queda apuntado, se halla aún en estado de proyecto; pero, por lo que han declarado en discursos, artículos e interviús periódicos algunos de los miembros más destacados de la Ponencia, se conocen ya las líneas generales del mismo.

Comprende tres partes principales, cuyo objeto es: 1.º Defender los intereses materiales y sociales de la clase obrera; 2.º Aumentar el bienestar de los pueblos; 3.º Organizar una economía internacional.

No es preciso razonar los dos primeros de estos objetivos, puesto que el propio enunciado de los mismos los define y los justifica. En cuanto al tercero, responde a la profunda conciencia de la clase obrera organizada de que la crisis económica que atraviesan los diversos países del mundo requiere una solución de carácter internacional.

Además, ante la creciente concentración de las Empresas y el proceso de racionalización de la industria, la clase obrera debe adoptar una actitud clara y perfectamente definida.

El movimiento obrero moderno, de espíritu progresivo y con conciencia plena de su misión histórica, no puede oponerse a la organización de la producción. Es más: debe contribuir con todas sus fuerzas a que la producción se organice, siempre que tienda al aumento de la capacidad de consumo de las clases trabajadoras y a elevar, por consiguiente, el nivel de vida de las mismas.

Ahora bien: para llegar a ese resultado es preciso que la racionalización no se encierre en los estrechos límites de una Empresa o de una rama de industria. Por este motivo, el programa económico de la Federación Sindical pedirá, según las referencias que del mismo ha dado Jouhaux, que la racionalización se aplique a la organización de la economía nacional, en estrecha relación con la organización de la economía internacional.

El programa de la Federación Sindical Internacional, haciéndose eco de las necesidades y de los sentimientos de la clase obrera organizada, opondrá al particularismo ciego de las políticas nacionalistas el concepto de una economía universal, que habrá de desarrollarse a través de las fronteras nacionales y que explotará todas las riquezas del mundo en beneficio del conjunto de los pueblos.

No es, como se ve, un espíritu estrecho y egoísta el que inspira al movimiento obrero internacionalmente organizado, sino el noble y elevado deseo de servir los más puros intereses de la Humanidad y del progreso social.

A. FABRA RIBAS



## Manifiesto de la Federación Sindical Internacional para el Primero de Mayo de 1929

### A los trabajadores de todos los países

Hace cuarenta años, en 1889, que se hizo del Primero de Mayo la Fiesta del Trabajo, la jornada universal de manifestaciones reivindicadoras de la clase proletaria.

Desde entonces, y de una manera constante, el proletariado internacional ha hecho oír su voz de una manera particularmente digna, firme y solemne en favor de la reconciliación entre los pueblos, del desarme, del arbitraje obligatorio en caso de conflicto, y de la protección de los trabajadores, y que se promulgara legalmente la jornada de trabajo de ocho horas.

La Gran Guerra, que demostró al mundo, aterrorizado, la tragedia y los horrores de las contingencias guerreras entre los pueblos, contuvo temporalmente la continuación de aquella justa y noble acción obrera.

Ha venido después el pacto Kellogg a poner la guerra fuera de la ley; mas, por una contradicción peligrosa, el curso de los armamentos continúa. A menos que las masas pacifistas no se muestren tan activas como los belicosos y fomentadores de guerras, una nueva conflagración mundial puede pesar mañana sobre nosotros.

La clase obrera debe, pues, oponerse—es una de sus tareas fundamentales—a todas las tentativas encaminadas a fortalecer el espíritu militarista y sus medios de acción. Conviene para sí misma que mantenga vivo en la juventud, que no conoció la gran matanza, el horror a la guerra y la aversión al militarismo. El proletariado no debe permitir que se dude de su determinación irreducible en resistir por todos los medios a su alcance contra nuevas hecatombes.

Cuando la primera Conferencia Internacional del Trabajo se reunió en Washington, hace diez años, los patronos y los Gobiernos no habían olvidado las promesas hechas a los trabajadores durante la guerra. Allí se adoptó un programa de protección de los trabajadores, teniendo, muy particularmente, en cuenta los deseos

esenciales de la clase obrera, esto es, la jornada legal de ocho horas. Desde entonces ha ido disminuyendo el interés por cumplir los compromisos contraídos. Casi nada se ha realizado. Sobre todo, ha habido obstinación en no ratificar el convenio de Washington sobre las ocho horas, base esencial de las reivindicaciones proletarias. Los únicos progresos obtenidos son el resultado de la acción vigorosa y homogénea de la clase obrera organizada.

Los trabajadores deben manifestar a los patronos y a los Gobiernos que no admitirán jamás se los trate con menosprecio, ni tampoco tolerarán que incumplan los compromisos contraídos.

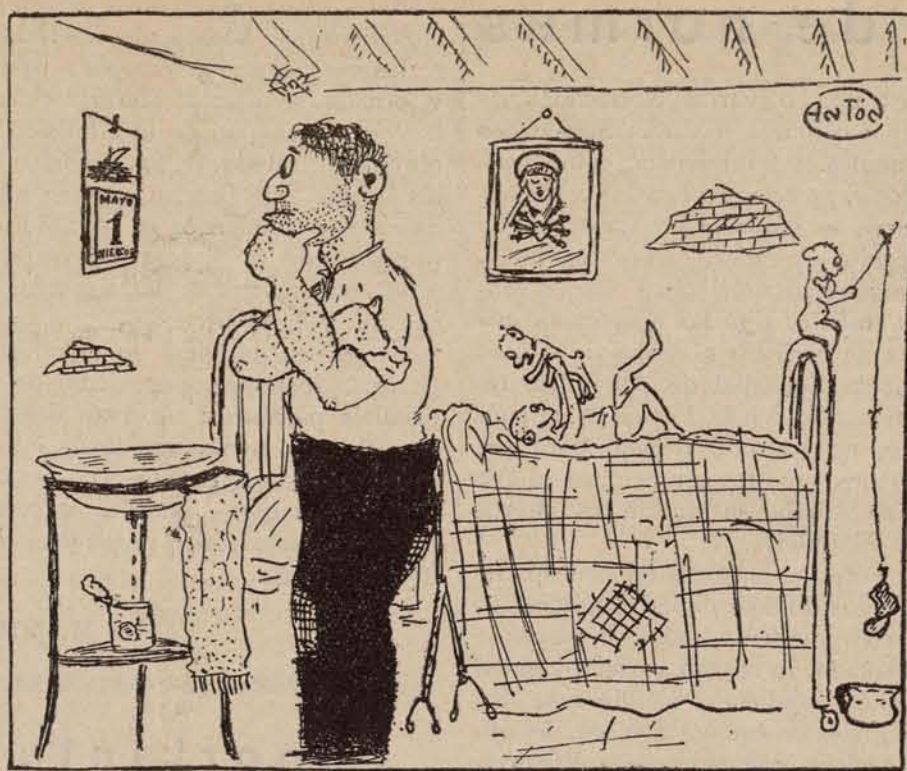
En este Primero de Mayo de 1929 los trabajadores organizados del mundo entero deben recordar a las clases dominantes la voluntad obrera de paz entre los pueblos, así como por la ratificación del convenio de Washington sobre la jornada de ocho horas.

¡Camaradas asociados de todos los países! Manifestaos en masas compactas y afirmad vuestra fuerza

**Por el desarme y el arbitraje;  
Por una legislación seria y eficaz de protección del trabajo;  
Por la ratificación del convenio de ocho horas.**

¡Trabajadores! Nada obtendréis de la clase patronal sino lo que podáis arrancarle con la potencia de vuestra organización. Consolidad y reforzad, pues, vuestros Sindicatos, para que puedan vencer, con un entusiasmo cada vez más irresistible, todos los obstáculos que se oponen al progreso social y al triunfo definitivo de vuestras reivindicaciones legítimas.

El Comité Ejecutivo de la Federación Sindical Internacional: *Walter M. Citrine* (Gran Bretaña), presidente; *H. Jacobsen* (Dinamarca), *L. Jouhaux* (Francia), *Th. Leipart* (Alemania), *C. Mertens* (Bélgica) y *R. Tayerle* (Checoslovaquia), vicepresidentes; *Joh. Sassenbach*, secretario.



UN "TRABAJADOR".—Pero, bueno; a "to" esto que querrá decir eso de "Fiesta del Trabajo".

(Dibujo de ANTÓN)

## Elogio del caos

Paul Morand es un escritor francés bien representativo de la burguesía de su país. Sus obsesiones son la revolución rusa y los levantamientos asiáticos contra el capitalismo europeo. En su libro de viajes reciente, *Invierno caribe*—deliciosamente epigramático, por otra parte—, compara los fines del siglo XVIII con los comienzos del XX. Ahora, como entonces, el mundo parece acabarse. El mundo del feudalismo territorial, entonces, y el mundo del feudalismo industrial y colonial, ahora.

¿Es para lamentarlo? Paul Morand lo lamenta con resignado dolor. Pero Morand tiene una concepción aristocrática de la Historia, en la cual no ve, como otros, una lenta realización de la libertad de los pueblos y los individuos, por el instrumento de la justicia, sino un proceso de selección natural de personas, clases y naciones. Francia—dice—es un palacio. ¿Y cómo puede un francés contemplar sin angustia esas insurrecciones de clases y razas proletarias que han dislocado el orden tradicional en Rusia y en Asia, y que, roto el dique de las jerarquías históricas, pueden invadir los palacios de Europa o, por lo menos, contagiar con su indisciplina a los servidores nativos de esos palacios? Un francés es un aristócrata, producto de una selección de siglos, y destinado—toda su razón de ser, según Morand—a crear obras de lujo, de calidad. ¿Y cómo no ha de conturbarle este hibridismo de clases, de razas, de calidades—sacrificadas a la cantidad—, que se extiende, con su rasero igualitario y antinatural, por todo el haz del planeta?

Esta ha sido siempre la actitud del hombre amenazado en sus privilegios: asociar su inminente ruina a la ruina del mundo en torno. Esa fué la actitud del gran señor del siglo XVIII: creer que el fin del feudalismo, por obra de la Revolución francesa, sería también el fin de toda la civilización europea; pero la civilización occidental ha sobrevivido, más pujante que antes, al feudalismo. Esta es también la actitud de Paul Morand y de la mayoría de los franceses: pensar que la destrucción del nuevo feudalismo dejará en escombros a todo el mundo civilizado, sumiéndole en una barbarie sin precedentes.

¿Están justificados estos temores? Acaso no se les pueda refutar con la idea, hoy vacilante, del progreso continuo. La Humanidad, como los organismos individuales, tiene períodos de crisis, enfermedades, retrasos y aun retrocesos en su evolución. Pero cuando se considera cuántas veces—siempre que ha sobrevivido una gran crisis histórica—se ha anunciado el fin de la civilización, sin que hasta ahora se hayan cumplido esos sombríos pronósticos más que de un modo pasajero, y, precisamente, para reorganizarse el mundo sobre bases más firmes, por más justas, hay que convenir en que la experiencia del pasado no justifica estos terribles presagios apocalípticos. Una vez más, después de una probable etapa de caos transitorio—y toda creación tiene un principio caótico—, el mundo encontrará su sendero de luz. De tiempo en tiempo, el caos es necesario—hasta Dios lo necesitó, a creer al Génesis—para organizar mejor el mundo.

Luis ARAQUISTAIN

## Socialismo

Somos ricos en las sociedades civilizadas. ¿Por qué hay, entonces, tanta miseria en torno nuestro? ¿Por qué ese trabajo penoso, embrutecedor, de las masas? ¿Por qué esa inseguridad del mañana, aun para el trabajador mejor retribuido, en medio de las riquezas heredadas del pasado y a pesar de los poderosos medios de producción, que harían cómoda la vida de todos a cambio de algunas horas de trabajo diario?

Los socialistas lo han dicho y repetido hasta la saciedad. Diariamente lo repiten y lo prueban con argumentos tomados de todas las ciencias. Porque todo lo que es necesario a la producción: el suelo, las minas, las máquinas, las vías de comunicación, el alimento, el abrigo, la educación, el saber, todo ha sido acaparado por algunos en el curso de la larga historia de saqueo, de éxodos, de guerra, de ignorancia y de opresión que ha vivido la Humanidad antes de haber llegado a dominar las fuerzas de la Naturaleza.

Porque prevaleciendo de supuestos derechos adquiridos en el pasado, se apropian hoy las dos terceras partes de los productos del trabajo humano, que entregan al despilfarro más insensato y escandaloso; porque habiendo reducido a las masas a no tener ante sí medios para vivir un mes, ni siquiera ocho días, no permiten que trabaje el hombre si no consiente que se les ceda la parte del león; porque le impiden que produzca lo que necesita y le obligan a producir, no lo que es necesario a los demás, sino lo que promete los mayores beneficios al acaparador.

Todo el Socialismo estriba en eso.

\*\*\*

### ¡Vosotros!

Vosotros, los doctores, que habéis aprendido el Socialismo por una amarga experiencia, no os cansáis de decirnos hoy y mañana, en todo tiempo y lugar, que la Humanidad marcha rápidamente hacia su degeneración si permanece en su condición actual; que todos vuestros medicamentos contra las enfermedades han de ser impotentes forzosamente, mientras la mayoría del género humano vegete en condiciones absolutamente contrarias a aquellas que la ciencia os dice son necesarias a la salud; que las enfermedades es lo que se debe desarraigar. Y ¿qué es lo que se debe hacer para conseguirlo?

Venid con vuestro escalpelo y disecad para nosotros con mano firme esta nuestra sociedad, que rápidamente marcha a la putrefacción, y decidnos lo que podría y debería ser una existencia racional; insistid, como verdaderos cirujanos, en que un miembro gangrenado debe amputarse cuando puede contagiarse el cuerpo entero.

Vosotros, que habéis trabajado por la aplicación de la ciencia a la industria, venid y decidnos francamente cuál ha sido el resultado de vuestros descubrimientos; convencid a aquellos que no se atreven a marchar resueltamente hacia el porvenir, y hacédles ver cuántas nuevas invenciones lleva en su seno el conocimiento adquirido hasta el día; qué podría hacer la industria bajo mejores producciones y cuánto podría el hombre

producir fácilmente si trabajase con el fin de favorecer su propia producción.

Vosotros, poetas, pintores, escritores, músicos: si comprendéis vuestra verdadera misión y el exacto interés del arte mismo, venid a nosotros; poned vuestra pluma, vuestro lápiz, vuestro cincel y vuestras ideas al servicio de la revolución; presentad con vuestro elocuente estilo y con vuestros expresivos cuadros la lucha heroica del pueblo contra los opresores; encended el corazón de nuestra juventud con ese glorioso entusiasmo revolucionario que inflamó el pecho de nuestros antecesores; decid a las mujeres que carrera tan gloriosa es la del marido que dedica su vida a la gran causa de la emancipación social.

Mostrad al pueblo qué triste es su vida actual, y hacédle tocar con la mano la causa de su desgracia. Decidnos qué racional sería la vida si no se encontrasen a cada paso las locuras e ignominias de nuestro presente orden social.

Pedro KROPOTKIN

## Notas necrológicas

Una vez más tenemos que orlar de luto las columnas del periódico.

Tres queridos camaradas perdieron sus vidas al rendir su tributo al trabajo.

Los tristes y dolorosos accidentes acaecieron en la forma que a continuación damos a conocer, y de ellos fueron víctimas los asociados que se mencionan.

Juan Mula Díaz, número 13-796. Sufrió un accidente el día 10 de diciembre pasado, a las once y media de la mañana, en la obra que en la calle de Fuenterrabía, número 7, construye el patrono Antonio Maldonado. A consecuencia de este accidente dejó de existir el día 31 de marzo último, en el Hospital Provincial.

Jenaro Pérez Casla, número 1.819. Falleció en el acto, víctima de accidente del trabajo, ocurrido el día 9 del pasado mes de abril, a las cuatro y media de la tarde, en la obra que en la calle de Villamil construye el patrono Gabriel Chaveinte.

Marcelino Merino Aransáez, número 993. Falleció a las pocas horas de acaecido el accidente, el cual ocurrió a las cuatro de la tarde del día 12 del pasado mes de abril, en la obra que en la calle de Villamil construye el patrono Gabriel Chaveinte.

Al acto del enterramiento de estos infortunados camaradas acudió un buen número de compañeros y amigos, testimoniando así las simpatías que en vida supieron granjearse por su agradable trato y su buen espíritu de compañerismo, asistiendo asimismo una representación de la Junta directiva y de la Federación Local de la Edificación, con las banderas que en estos tristes casos se utilizan.

A sus desconsoladas esposas e hijos les participamos, en estas cortas líneas, la expresión de nuestro profundo sentimiento. Sirvales de lenitivo esta dolorosa manifestación para sobrellevar el rudo golpe que la fatalidad les ha causado con tan irreparables pérdidas.

## Gratitud

Desde estas columnas hacemos manifestación pública de nuestro más profundo agradecimiento a cuantos, generosamente, nos han honrado con su colaboración y han contribuido con sus excelentes trabajos a difundir la cultura entre nuestros asociados en este día de Primero de Mayo.

Camaradas y compañeros militantes; escritores, compañeros también de trabajo y, como nosotros, explotados: recibid unos y otros nuestro fraternal agradecimiento, acompañado de nuestra más cordial y sincera amistad.

Muchas gracias a todos, en nombre de nuestra Sociedad.

Por motivos que no dependen de nuestra voluntad, nos vemos obligados a no poder publicar algunos artículos, entre ellos uno de nuestro querido camarada Andrés Saborit.

## El rey Atabolán

(Balada de los tiempos viejos.)

Esta noche—¡qué raro!—está de risa el rey Atabolán, terror del Norte, y ante sus pies, en actitud sumisa, están los trovadores de la corte.

Este monarca, de pupila verde, de nariz corva y de revuelta barba, tiene una boca que, al abrirse, muerde; tiene una mano que, al moverse, escarba.

¿Salió, tal vez, del vientre de una fiera? No hay vida que a su lado no peligre. Si veis sus movimientos, es pantera. Si su mirada escudriñáis, es tigre.

Le tiembla y le aborrece la comarca. Si mata el deseo, moriría. La historia de este tético monarca sale a cincuenta crímenes por día.

Esta noche sonríe. ¡Bravo! ¡Bravo! ¿Qué quiere, Atabolán, tu risa roja? De entre ese grupo que te adula esclavo, ¿cuál ha de ser la víctima que escoja?

—A ver, a ver, ¿qué soy?—gruñe la fiera. Y un trovador, con palidez de muerte, se atreve a responder de esta manera: —¡Sois como el mar, hermoso, inmenso, fuerte!

El rey Atabolán oye, risueño, cantar la adulación. Nadie desbarra. Todos tienen su halago para el dueño. Todos tienen su flor para la garra.

Pero un doncel, cuya melena esconde un rostro bello, casi femenino, intrépido levántase y responde: —¡Su Majestad no es más que un asesino!

Atabolán, Atabolán, ¿no ríes? ¿Esa frase feliz no te divierte? ¡No reírás hasta que, al alba, envíes a ese muchacho a casa de la Muerte!

Pero, por hondo que el sepulcro le abras, siempre verás su labio, rojo y fino, echándose al semblante estas palabras: —¡Su Majestad no es más que un asesino!

Que esos elogios que tu oído hieren, flores ficticias son, que el tiempo trunca; pues las mentiras, aunque gusten, mueren; mas las verdades, aunque duelen, ¡nunca!

Atabolán, Atabolán perverso: no eres grande, ni fuerte, ni divino. Aunque te digan otra cosa en verso, ¡siempre serás, oh rey, un asesino!

Miguel R. SEISDEDOS